

Una unión más perfecta

Desde que los padres fundadores encontraron la fórmula para acabar con las guerras, en Europa no hemos dejado de experimentar

Si Europa se rompe, y se puede romper si se deshace el euro, podremos sentirnos satisfechos de haber presenciado uno de los grandes finales trágicos de estos últimos 2.000 años. Un aparatoso hundimiento que de inmediato repercutiría en América, China, Rusia, India y en el resto del globo, sin excepciones. Esta es una buena razón para esperar que ese final no se produzca. Pero puede ocurrir, claro que sí. Evitarlo depende de no abandonar el camino hacia “una unión más perfecta”.

La expresión está recogida en el Preámbulo de la Constitución americana: “*We the People of the United States, in Order to form a more perfect Union, establish Justice, insure domestic Tranquility, provide for the common defence, promote the general Welfare, and secure the Blessings of Liberty to ourselves and*

our Posterity, do ordain and establish this Constitution for the United States of America”.

Es el título también de uno de los mejores discursos de Barack Obama, reelegido en noviembre de 2012 para un segundo mandato por 60 millones de americanos. En aquel discurso de marzo de 2008, el entonces senador Obama habló de los problemas raciales que contaminan la convivencia en la primera nación del mundo, y se mostraba humilde: “Se trata de un punto muerto en el que llevamos estancados décadas. Y al contrario de lo que señalan algunos de mis críticos, negros y blancos, nunca he sido tan ingenuo como para creer que podemos superar nuestras divisiones raciales en un solo ciclo electoral, o con un solo candidato – particularmente con una candidatura tan imperfecta como la mía”.

Los políticos no son perfectos, como reconoce Obama. Las uniones políticas, menos aún. En los asuntos humanos, esta es una aspiración vana. Pero las grandes empresas en las que estos se embarcan – y nos embarcan con ellos – sí que pueden, deben ser cada día mejores. Los caminos de perfección no pueden andarse en un ciclo electoral. Tampoco en una década. No debemos ser excesivamente ingenuos. Pero renunciar a lo mejor es traicionarse a uno mismo.

La Unión Europea es una empresa imperfecta, lo sabemos: por ambiciosa e innovadora. Un milagro surgido del caos, de la ruina de la posguerra. Desde que nuestros padres fundadores – Monnet, Schuman, Adenauer, De Gasperi... – encontraron la fórmula para acabar con las guerras, en Europa no hemos dejado de experimentar. Experimentar significa tantear, ensayar, cometer errores, rectificar y volver a probar. Desde el principio, como sentenció Robert Schuman, hemos sabido que Europa no se haría de golpe. En este camino hacia una unión más perfecta, el euro

ha sido uno de los grandes hitos. La moneda común apenas supera la década de vida y sus imperfecciones son notables. Pero no inabordable. Una de las cuestiones que más preocupaban a los arquitectos de la Unión Económica y Monetaria era, precisamente, la actuación ante las crisis asimétricas. Sus temores se han demostrado fundados. En estos momentos, una tormenta perfecta se cierne sobre Europa. ¿Qué fórmula utilizaremos para salir adelante una vez más? Solo existe una fórmula conocida, más Europa. La solución a nuestros problemas económicos es en esencia política.

“La mejor forma de destruir la democracia es envilecer su moneda”, afirmaba Lenin. Desde numerosos pulpitos se ha denigrado al euro y, con ello, la idea de Europa. Este monográfico toma posición sin dudar demasiado: a favor de la moneda común y a favor por tanto de la aventura europea. Hemos reunido a más de 20 autores de Estados Unidos, China, Japón y, desde luego, Europa, para reflexionar sobre lo que nos pasa, para

usar el giro de Ortega. Como concluye Felipe González en su artículo: “O avanzamos seriamente hacia la Unión Política o el gran proyecto europeo iniciado tras la Segunda Guerra mundial se frustrará y nos arrastrará hacia la irrelevancia en la nueva realidad global”.

Los principales asuntos políticos estudiados en el monográfico podemos agruparlos en tres: primero, la crisis y el nuevo reparto de poder europeo; segundo, la transición desde la unión económica hasta la política, y tercero, la reubicación de España en el corazón de Europa. A ellos se suman artículos dedicados a problemas de cariz económico, técnico, que ofrecen soluciones reales a problemas acuciantes, críticos. Europa solo se construirá, insistía Schuman, paso a paso.

Por encima de todo ello, estas páginas desprenden una sensación no de urgencia, sino de punto de inflexión. Una vez más, Europa se juega el porvenir. Nosotros ya hemos tomado partido.

*Darío Valcárcel,
Pablo Colomer*

El euro, una apuesta irreversible

Íñigo Méndez de Vigo

Me congratulo de que la revista POLÍTICA EXTERIOR haya decidido dedicar un número al euro y que lo titule, además, *En defensa del euro*. Me parece el foro adecuado para una reflexión serena sobre los retos de la moneda única y felicito, por ello, a Darío Valcárcel, autor de dicha iniciativa. Coincide este número con el décimo aniversario de la entrada en circulación del euro. Parece mentira que haya transcurrido ya una década desde aquel día en que sustituimos las monedas nacionales por una moneda única, lo que constituyó un hecho sin precedentes en la historia moderna. Estos días también hemos celebrado la concesión del premio Nobel de la Paz a la Unión Europea por su contribución durante casi seis décadas al fomento de la paz y la reconciliación, la democracia y los derechos humanos en Europa. Este premio supone un reconocimiento a lo hecho, pero también debe implicar un acicate que nos debe ayudar a resolver los desafíos del presente.

Y es que hace más de medio siglo, la Declaración Schuman supuso el punto de partida de un ambicioso proyecto: unir a los europeos, desgarrados durante siglos por luchas fratricidas, en torno a un proyecto común. La Declaración de 9 de mayo de 1950 convirtió la reconciliación entre Francia

Íñigo Méndez de Vigo es secretario de Estado para la Unión Europea.

Históricamente, Europa ha progresado a golpe de crisis. Quizá la que hoy padece sea la más profunda de las últimas décadas. En consecuencia, la UE no debe ahorrar esfuerzos para apostar por un gran salto cualitativo hacia la unión política.

y Alemania en uno de los motores de la construcción europea. La gran novedad estribó en que dicha construcción no adoptó la forma clásica de la cooperación intergubernamental ni se convirtió de inmediato en una unión política, sino que procuró la integración a través del método funcionalista. Ello conllevaba un proceso gradual que explicó Robert Schuman: “Europa no se hará de golpe, ni en una construcción de conjunto. Se hará por realizaciones concretas, creando primero una solidaridad de hecho”.

A partir de 1954, aunque la idea de los padres fundadores era evidentemente política, el fracaso del proyecto de una comunidad de defensa subordinó la integración política a la integración económica, que obtuvo carta de naturaleza en el tratado por el que se instituyó una Comunidad Económica Europea, firmado en Roma el 27 de marzo de 1957.

Así, el mercado común se convirtió en el objetivo de la integración europea a partir de la década de los sesenta. Europa se centró en la senda económica: mercado, tarifa exterior común, unión aduanera y política agrícola. A mediados de los años ochenta, Jacques Delors consiguió aunar el mercado interior común y la fecha mágica de 1992 para hacer realidad las cuatro libertades de circulación de personas, mercancías, servicios y capitales; e incorporó el principio de cohesión económica y social.

El Tratado de la Unión Europea, en vigor desde 1993, planteó la creación de una Unión Económica y Monetaria (UEM) con la introducción de una moneda

única. El euro se convirtió así en el símbolo de la integración económica. Entró en circulación en 2002 en 12 Estados miembros y hoy es la moneda oficial en 17 de los 27 Estados miembros de la Unión Europea. Durante estos 10 años, el euro ha tenido efectos positivos evidentes: ha propiciado unos tipos de interés muy bajos para financiar nuestras economías; ha garantizado la estabilidad eliminando las crisis de cambio entre los países de la zona euro; ha favorecido el comercio eliminando los costes de conversión; el desempleo en la Unión registró un fuerte descenso hasta el inicio de la crisis financiera, en 2008, y le ha permitido hacer frente a esta en mejores condiciones.

Sin embargo, la crisis también nos ha enseñado que la Unión Monetaria –incompleta sin una auténtica unión económica– solo ha funcionado mientras había crecimiento económico. Las divergencias existentes entre una política monetaria común, dirigida por el Banco Central Europeo, y 17 políticas económicas y presupuestarias nacionales han mostrado que este esquema resulta ineficaz frente a una crisis tan profunda como la que padecemos.

La endeblez del pilar económico y la descoordinación a la hora de afrontarla a nivel nacional, transformaron una crisis que tenía un origen económico en una crisis política. Los fundamentos macroeconómicos de la Unión Europea y de la zona euro son mejores que los de Estados Unidos, Reino Unido o Japón, pero lo cierto es que Europa no ha sabido transmitir esa imagen de solidez a los mercados. Los mercados han dudado del euro porque no creían que la unión monetaria fuese irreversible, y consideraban que la moneda única corría el riesgo de desaparecer. Esta percepción partía de la desconfianza de los inversores sobre la capacidad de la Unión Europea para dar una respuesta conjunta a la crisis, probablemente porque algunos países tardaron en darse cuenta de que se trataba de un problema de la zona euro en su conjunto, y no de dificultades aisladas de determinadas economías.

Europa necesita un plan

La crisis colocó a Europa ante uno de esos momentos históricos en los que, en palabras de Cervantes, hay que optar entre ser camino o ser posada: posada para quedarse, camino para avanzar. El 6 de junio de 2012, el presidente del gobierno español, Mariano Rajoy, optó por el camino en la disyuntiva cervantina. En una carta dirigida a los presidentes del Consejo y de la Comisión Europea, expuso su visión sobre el plan que la UE había de adoptar, plan que expondré a continuación.

En primer lugar, Europa debe actuar desde la responsabilidad, lo que exige una consolidación fiscal. Ningún país debe gastar más de lo que tiene y debe, además, reducir su déficit. Por ello, se negoció y firmó el Tratado sobre Estabilidad, Coordinación y Gobernanza de la Unión Económica y Monetaria –conocido como Pacto Fiscal–, que fue ratificado por las Cortes Generales en julio de 2012.

Además, cada Estado miembro debe realizar un profundo y ambicioso plan de reformas. Por ello, el gobierno se ha volcado en su adopción a una velocidad que no tiene precedentes en la economía española: hemos puesto en marcha reformas para la consolidación fiscal y el control del gasto, la reforma laboral, la reforma del sector financiero, de la sanidad, la educación, la justicia... Y vamos a continuar con el calendario de reformas, con la aprobación de la Ley de Unidad de Mercado, entre otras.

También es necesario hacer reformas a nivel europeo. Así lo hemos hecho los europeos desde que estalló la crisis económica y financiera. Hemos creado un fondo de rescate; un fondo de estabilización con carácter permanente; aprobamos un paquete de supervisión financiera y numerosas propuestas legislativas para activar la gobernanza económica; y, en el Consejo Europeo de 18 de octubre de 2012, se aprobó toda una batería de medidas para profundizar en el mercado único; impulsar la agenda digital “Conectar Europa” mediante la inversión en transporte, energía y conexiones informáticas; promover la investigación y la innovación; mejorar el acceso de las pymes al crédito y aplicar la estrategia Europa 2020.

En segundo lugar, si un Estado actúa con responsabilidad debe contar con la solidaridad europea. Si un Estado es víctima de una situación financiera, económica o política que no sea capaz de controlar, debe contar con la ayuda de las instituciones europeas y del resto de los Estados miembros.

Responsabilidad y solidaridad centraron los acuerdos del decisivo Consejo Europeo de junio de 2012, que adoptó decisiones de enorme calado político para avanzar hacia la unión fiscal, presupuestaria, económica, bancaria y, por tanto, política de Europa. A corto plazo, se tomaron medidas para estabilizar los mercados financieros y romper el círculo vicioso entre

**La crisis ha situado
a Europa en uno
de esos momentos
históricos en los que
hay que optar por
quedarse o avanzar**

bancos y deuda soberana, permitiendo la recapitalización directa de la banca y flexibilizando las condiciones para que los fondos de rescate europeos puedan comprar deuda de países en dificultades. Se aprobó también un Pacto por el Crecimiento y el Empleo, que movilizará 120.000 millones de euros para inversiones que impulsen la actividad productiva y la creación de puestos de trabajo. De ellos, 10.000 millones se destinarán a recapitalizar el Banco Europeo de Inversiones con objeto de aumentar su capacidad de préstamo en 60.000 millones; 55.000 millones de los Fondos Estructurales se reprogramarán para orientarlos al crecimiento y al empleo; y se han autorizado ya 100 millones –y 130 millones se movilizarán a principios de 2013– destinados a bonos-proyecto, con lo cual deberán apalancarse inversiones de hasta 4.500 millones en la fase piloto.

La tercera medida que se acordó con vistas al largo plazo se corresponde con el diseño que exigía el presidente Rajoy: el mandato otorgado al presidente Herman Van Rompuy para que elaborase una hoja de ruta específica sobre el futuro de la UEM. Van Rompuy presentó un primer informe al Consejo Europeo de junio de 2012, y un informe intermedio el 12 de octubre, debiendo presentar en diciembre el informe final. Los anteriores informes proponen:

– Avanzar hacia un marco financiero integrado que asegure la estabilidad financiera, marco único que debe contar con: una supervisión bancaria europea que garantice la aplicación efectiva de las normas prudenciales, el control del riesgo y la prevención de crisis en toda la Unión Europea; un sistema de garantía de depósitos europeo; y un mecanismo europeo de resolución de crisis para liquidar de forma ordenada las instituciones inviables.

– Debe haber, asimismo, un presupuesto integrado que garantice una política presupuestaria coordinada a escala tanto nacional como europea, adopción conjunta de decisiones, mayor ejecución y unas medidas acordes hacia la emisión de deuda común. El objetivo último es la creación de un organismo presupuestario, como una oficina del Tesoro.

– Finalmente, debe existir una política económica integrada que impulse el crecimiento económico, el empleo y la competitividad sostenibles, al tiempo que se fomenta la cohesión social.

Estos tres elementos deben sustentarse en una legitimidad democrática y una responsabilidad reforzada en la toma de decisiones en la UEM.

Este ambicioso plan, cuyas características y modalidades deberán detallarse y profundizarse durante 2013, debe convertirse en la *full picture* de la construcción europea de los próximos años. Todas estas medidas apuntan,

además, a otorgar confianza en los inversores y pretenden transmitir la seguridad en la irreversibilidad del euro.

La importancia de Europa y el euro

En esta crisis se han escuchado voces que han puesto en duda la supervivencia del euro; algunos incluso han llegado a afirmar que la moneda única no constituye un elemento fundamental de la Unión Europea. No estoy de acuerdo con quienes difunden estas ideas. Durante el periodo comprendido entre la entrada en vigor del Tratado de Maastricht y la selección de aquellos primeros países que finalmente accederían a la zona euro, me esforcé por analizar cuáles eran las ventajas y desventajas para un país como España de abandonar su moneda nacional y adoptar la moneda única. Procuré leer lo que en aquellos días se escribió en pro y en contra. Asistí a muchos seminarios, debates o mesas redondas que se celebraron sobre la cuestión. Recuerdo que premios Nobel como Gary Becker o Franco Modigliani sostenían posturas completamente distintas. Al final, llegué a la conclusión de que un país en la periferia geográfica como España, que soporta una compleja actividad legislativa debida al hecho autonómico y tiene una administración de justicia que no se imparte con rapidez, necesitaba el colchón de seguridad que supone el euro.

Entonces me parecía capital que España estuviera entre los países de la zona euro y, hoy, sigo pensando lo mismo. Además, a lo largo de esta década he comprendido también la importancia que el euro tiene para Europa. A medida que la economía mundial ha evolucionado, también ha cambiado la distribución del peso económico de los distintos países. Los países emergentes, los llamados BRIC (Brasil, Rusia, India y China), han salido mucho mejor reforzados de la primera gran crisis de la globalización que las economías de los países más avanzados. Su crecimiento multiplicó por cuatro el de los países avanzados en 2010. Y según las previsiones del Fondo Monetario Internacional lo triplicará en el próximo lustro. Vivimos en un mundo en el que un fondo de inversiones brasileño ha comprado Burger King, una compañía india se ha hecho con Jaguar, o un fondo chino ha adquirido Anheuser-Busch, la primera cervecera estadounidense. La globalización existe, nos guste o no. La incógnita estriba en saber si podemos jugar la partida en solitario o queremos hacerlo con el resto de los socios de la UE. En mi opinión, la respuesta no admite dudas: en un momento en el que las fronteras pierden relevancia, una Europa unida es la única respuesta frente a la insignificancia de las viejas naciones.

Ya a mediados del siglo pasado, Paul-Henri Spaak, hablando de los Estados europeos, decía que todos ellos eran pequeños, pero algunos aún no se habían enterado. Trátese de la política internacional, la energética, las cuestiones de inmigración, la educación o la cultura, Europa debe dar una respuesta común a los desafíos también comunes que tienen los europeos, para que no se cumpla esa frase que se atribuye a Deng Xiaoping en 1985: “En el siglo que viene, Estados Unidos nos dirá lo que hay que fabricar, los indios y nosotros lo fabricaremos, e iremos a Europa de vacaciones”. Para evitar que Europa se convierta en un parque temático tenemos que trabajar unidos.

Pero Europa necesita, además, acercarse a sus ciudadanos. El distanciamiento entre estos y sus instituciones es real. Europa no ha sido capaz de crear una narrativa lo suficientemente atractiva que enganche a la ciudadanía. Esta narrativa existió en el pasado. En la posguerra, los padres fundadores utilizaron el mensaje de que Europa significaba la paz frente a los nacionalismos que provocaron la más terrible de las guerras. Más tarde, Europa representaba la opción democrática y próspera frente al totalitarismo del otro lado del Telón de Acero. Hoy en día carecemos de un mensaje ilusionante que identifique a Europa con sus ciudadanos. Probablemente, la mejor narrativa que podamos encontrar sea hallar una salida a la crisis. No hay mejor manera de reconciliar a Europa con sus ciudadanos que acabar con el desempleo, retornar a la senda del crecimiento y consolidar Europa como protagonista global.

Desde que hace ya casi seis décadas Schuman diera el primer paso, Europa siempre ha hecho camino al andar. En esta época de dificultades, el compromiso por defender el euro nos obliga a acelerar los avances en la construcción europea. Históricamente, Europa ha progresado a golpe de crisis. Y, con toda probabilidad, la que padecemos en estos días sea la más profunda de las últimas décadas. En consecuencia, no debemos ahorrar esfuerzos para apostar por un gran salto cualitativo. No me cabe duda de que Europa es la solución a nuestros problemas, y la unión política nuestro puerto de llegada. Decía Séneca que “ningún viento es favorable para el que no sabe a qué puerto se dirige”. Sobre todo, después del Consejo Europeo de junio de 2012, tenemos mucho más claro hacia dónde nos dirigimos. Estoy seguro de que el viento, con visión y ambición política, soplará a nuestro favor.

Enhorabuena por hacernos ganar a todos.

Telefónica Ability Awards 2012

Desde Telefónica queremos felicitar a los ganadores y dar las gracias a las 232 grandes, medianas y pequeñas entidades participantes, 50 finalistas y a los miembros del patronato por hacer que esta 2ª Edición fuera un nuevo éxito.

Porque contar con todos, siempre suma.

<p>Mejor gran empresa privada: Grupo Línea Directa</p> <p>Mejor Pyme: Pelayo Servicios Auxiliares de Seguros</p> <p>Mejor Organización Pública: Universidad de Valencia</p> <p>Compromiso de la Alta Dirección y Liderazgo de los Empleados: Indra</p> <p>Reclutamiento y Selección: Alcampo</p>	<p>Accesibilidad: Ayuntamiento de Málaga</p> <p>Orientación a Clientes: Agencia Pública y Empresarial Radio y Televisión de Andalucía</p> <p>Desarrollo Profesional y Formación: Capgemini España</p> <p>Prevención y Retención: Accenture</p>
---	--

Una iniciativa de Telefónica y Kanchi. El proceso contó con la evaluación y verificación independiente de PwC España.



La crisis, acicate de un nuevo poder europeo

Xavier Vidal-Folch

La ambición de los padres refundadores –los Delors, Kohl, Mitterand, González...– en Maastricht desbordaba la moneda única. Consistía en crear una auténtica unión económica. Pensaron la unificación de la moneda y de la política monetaria como un proceso de pasos irreversibles, empezando por la definición de tipos de cambio fijos e irrevocables. Se daba por descontado que esos pasos irían desencadenando, por efecto siembra y como una mancha de aceite, sucesivos avances en la integración de las políticas económicas para configurar una Unión Económica y Monetaria (UEM). En la visión más sugestiva, la del federalismo alemán, se trataba de una apuesta por la unión política. “La unión política y la unión monetaria y económica están indisolublemente ligadas. No podemos renunciar, y no lo haremos, a la soberanía en cuestiones de política monetaria si la unión política continúa siendo un castillo en el aire”. Lo dijo en Jouy-en-Josas, diez días antes de la cumbre de Maastricht, en diciembre de 1991, el canciller alemán Helmut Kohl.

Pero ese sueño se quedó en sueño. La realidad fue que el tratado alumbrado entonces se ceñía a la –eso sí, trascendental– unión monetaria. Más

La partida no está resuelta. Ni el euro ni la UE son irrevocables o irreversibles, pues podrían quebrar y disolverse. Pero algunas fuerzas poderosas operan en favor de su supervivencia y mejora; entre ellas, el rechazo que provoca la alternativa de ‘no Europa’.

allá, apenas esbozaba una coordinación de políticas económicas dejadas al eventual voluntarismo de los Estados miembros. Y las nuevas políticas que debían afianzar la transición a un remedo de entidad política, como la exterior y de seguridad o los asuntos de justicia e interior, se fiaron a sendos “pilares” de matriz intergubernamental más que comunitaria, siempre sujetos a las limitaciones que impone la unanimidad y a los bloqueos que posibilita.

Asignaturas pendientes

La unión económica y la unión política han constituido, desde entonces, la doble gran asignatura pendiente de la Europa comunitaria. Aunque muy pocos empujaban para afrontarla. El tiempo europeo, el tiempo de la UEM, quedó en cierta forma congelado como un fotograma de Maastricht. Hasta el estallido de la crisis financiera mundial, con la quiebra de Lehman Brothers en septiembre de 2008, la arquitectura de la unión monetaria solo registró una novedad relevante, la consagración más solemne de la política de disciplina presupuestaria a través del Pacto de Estabilidad y Crecimiento (1997), aunque se trataba más bien de un desarrollo de los criterios de convergencia convenidos en 1991. La forja de la unión económica se confió a un inconcreto, poco vinculante y, al cabo, infructuoso método abierto de coordina-

Xavier Vidal-Folch es periodista.

ción enfatizado en la Agenda de Lisboa (2000), que dio en ser más abierto que coordinador. De este modo, en otoño de 2008, la UEM contaba prácticamente con el mismo –escasísimo– abanico de instrumentos y políticas que el diseñado casi dos décadas antes.

La demostración más palpable de ese vacío se encuentra en el tratado de Lisboa (2007), heredero de la nonata Constitución, que en el capítulo económico no vino a añadir nada sustancial, ni siquiera insustancial, a los anteriores de Amsterdam y Niza. En el ámbito económico, el tratado estaba,

En su primera década de vida el euro cosechó éxitos indiscutidos, lo que contribuyó a narcotizar a dirigentes y expertos europeos

pues, también congelado. Desde el inicio de la crisis se hizo evidente la ventaja de EE UU sobre la Unión Europea (UE) al contar con un nutrido repertorio institucional disponible para la política económica: un banco central, la Reserva Federal (FED), pertrechado de las más amplias competencias como prestamista de último recurso; un

Tesoro único al mando de una política unificada de deuda pública; un presupuesto federal de tamaño suficiente como para emprender relevantes políticas anticíclicas.

Por contraste, en 2008, la Unión, o mejor, la eurozona, afrontaría la crisis con el único instrumento de un banco central, el Banco Central Europeo (BCE) a cargo de una política monetaria unificada, pero sin Tesoro, apenas sin presupuesto y sin regulación colectiva de los mercados financieros, o en el mejor de los casos, solo en el ámbito nacional. Además, el BCE estaba estatutariamente orientado a funciones mucho más acotadas que las de la FED: la estabilidad de precios y en todo caso financiera, pero solo en un segundo lugar –y discutido por la ortodoxia dominante– el servicio a la política económica y al crecimiento de la UE.

Además, el primer decenio del euro había cosechado éxitos indiscutidos: el control de la inflación, los bajos tipos de interés, la reducción de los costes de transacción, la mayor visibilidad del mercado interior (y también de las disonancias de precios para iguales productos o servicios), la ausencia de tormentas monetarias como en la época del Sistema Monetario Europeo, la elevación de la propia moneda europea a la categoría de segunda divisa internacional de reserva. Todos esos resultados contribuyeron a narcotizar



El presidente español, Mariano Rajoy, el presidente francés, François Hollande, el primer ministro italiano, Mario Monti, y la canciller alemana, Angela Merkel, reunidos en Roma, junio de 2012. GETTY

a los dirigentes y a casi todos los expertos respecto a los desequilibrios internos que se iban incubando, especialmente entre el Norte y el Sur. La abundante liquidez y los tipos de interés reales ocasionalmente negativos (descontando la inflación) alimentaron algunas desmesuradas burbujas inmobiliario-financieras (Irlanda, España) y una creciente asimetría en los niveles de competitividad. La igualación de los precios de las deudas públicas –equiparando tendencialmente a cero el riesgo país o la prima de riesgo– incentivó el crecimiento desordenado del déficit público (Grecia) o el mantenimiento de niveles excesivos de endeudamiento público (Italia).

La crisis bancaria y de las hipotecas tóxicas importada de EE UU hizo aflorar esas realidades ocultas. Evidenció la insuficiencia de mecanismos de la UEM, es decir, la orfandad institucional del euro. Y empujó así a la Unión a una tensión política extrema para afrontar el desafío de los mercados financieros, hasta el punto de que muchos consideran la crisis actual como un fenómeno de naturaleza predominantemente política. En todo caso, la crisis financiera que inventó Wall Street, distribuyó la City londinense y afectó a numerosos grandes bancos europeos, se fue reencarnando, a modo de virus que va mutando su cepa original y reproduciéndose como una hidra de múltiples cabezas. Enseguida tomó la forma de un desplome de